

EL ECO DE LA CLASE OBRERA.

PERIODICO

DE INTERESES MORALES Y MATERIALES.

FUNDADOR Y DIRECTOR

el operario

RAMON SIMÓ Y BADIA.

Este periódico se publica todos los domingos. Precio de suscripción: en Madrid, 2 rs. al mes, llevado á domicilio; en provincias, 2 reales, que podrán remitirse en dos sellos de á real. Puntos de suscripción: Madrid, en la Administración, calle de Santa Clara, n.º 6, clo. pral. izqda.; en la Redacción, calle de la Libertad, núm. 4, cuarto 4.º Barcelona, librería de Cerdá, plaza del Angel. Palma de Mallorca, librería de Pedro José Gelabert, Reus, imprenta de don Pedro Sabater. Mataró, librería de Abadal. Igualada, librería de don Joaquín Abadal. Valladolid, Santarén.

ADVERTENCIA.

Publicamos hoy una canción sobre *El trabajo*, escrita en francés por un obrero y traducida al castellano por uno de nuestros colaboradores. Estará pronto de venta la música en todos los puntos de suscripción á EL ECO.

Empezamos á publicar además las observaciones dirigidas por los SS. don Joaquín Meral y don Juan Alsina á la comisión que examina el proyecto de ley sobre industria manufacturera. Las insertamos y seguiremos insertándolas en las ocho páginas del medio con numeración distinta para que puedan formar folleto aparte. Su importancia creemos que será reconocida por toda nuestra clase.

Los señores suscritores que deseen continuar recibiendo este periódico se servirán renovar la suscripción para el mes de diciembre.

SECCION EDITORIAL.

DEL CRÉDITO.

Hoy el crédito es la esperanza de los pueblos.

Analicemos con calma esta institucion; examinémosla en sus principales formas, en su esencia.—Yo, hombre de gran fortuna, deseo facilitar la circulacion del numerario, y alcanzo del Gobierno que me permita establecer un bando. Organizo oficinas, distribuyo trabajos, preparo libros de asiento, y empiezo á descontar valores comerciales. He puesto en caja cien millones de reales, y emitido por otro tanto billetes pagaderos á los portadores. No doy oro, sino papel, en cambio de los pagarés y letras que recibo: así que, á la vuelta de un plazo mas ó menos largo encuentro garantizados mis bonos, no solo por gran parte de mi capital, sino tambien por los efectos que tengo, ya realizados, ya en cartera. Observo, despues de hecho mi balance, que figuran en mi activo ciento cincuenta y en mi pasivo solo ciento; veo la posibilidad de aumentar sin riesgo el giro y extender nuevos billetes; los extendiendo hasta el total de mi haber, los cambio, y obtengo con este simple hecho multiplicar mis operaciones y acreditar mi renta. En vista de tan favorables resultados no puedo al pronto dejar de sorprenderme; mas los estudio, los medito, y comprendo que aquella progresion en mis ingresos, léjos de ser accidental, es la ley necesaria de los bancos. ¿Cómo no he ya de aumentar mi actividad y lanzarme sin temor al fondo de las especulaciones en que entré tal vez con miedo? A cada nuevo balance hago una nueva emision de papel, á cada emision de papel crecen mas y mas mis beneficios; y en diez, en veinte, en treinta años reuno quinientos millones de capital circulable, cobro veinte de intereses. ¿Quién es aquí

el que presta crédito? ¿Quién es aquí el que le recibe?

He sido indudablemente yo quien le he prestado al ceder bonos sobre una simple obligacion acompañada de firmas conocidas; mas ¿qué es ese crédito para el que me ha dado el país aceptando al igual de la plata mis billetes? Si este país, negándome su confianza, hubiera venido, luego de haberlos tomado, á convertirlos en escudos, y yo por mi parte no hubiese acumulado al capital los intereses, ¿habia hecho jamás una segunda emision? ¿Habrian podido ensanchar nunca el círculo de mis giros y descuentos? La institucion habria sido entonces para mí un arma casi inutil, y de seguro que con todos mis millones no habria logrado presentarme al mundo sino como uno de tantos usureros. Se lo debo por entero al país el desarrollo progresivo de mi crédito y mi banco: le debo los cuatrocientos millones que se han agregado á mi capital en los treinta años; le debo la renta que por ellos he retirado á título de propiedad y de la manera mas contraria á la justicia; le debo la influencia y el poder que he alcanzado en el comercio; le debo hasta mi nombre. Se lo debo casi todo, y sin embargo.... Seguiré negociando sobre él mismo todo el capital de que dispongo, y hasta al negociarlo por milésima vez levantaré en mi aavor un interés de un cuatro ó mas por ciento. ¿Qué aparece en todo esto mas que otro medio de esplotacion, otra causa de miseria?

Denunciais un abuso, se me dirá; ¿prueban acaso nada los abusos contra la bondad de los principios? Denuncio un abuso, pero un abuso que ha sido hasta ahora un hecho general y constante en esa clase de establecimientos, un abuso cuya supresion instantánea bastaria para reducir el precio de las acciones de estas mismas compañías á la mitad de lo que están actualmente cotizadas, un abuso que es considerado aun como necesario para retener en caja los capitales que los sócios aprontaron. Probad de tocarle este abuso, y vereis lo que suce-

de. Cunde por donde quiera la agitacion y la alarma, pone el capitalista sus gritos en el cielo, cree cada cual su derecho de propiedad violado, y hasta los que son víctimas del hecho claman á no tardar contra vosotros. ¿Sabéis por qué? no porque en el fondo de su corazon no sean tan enemigos como vosotros de todo género de vicios sociales, no porque no comprendan como vosotros cuán injusto es percibir intereses de un capital ajeno; sino porque presienten, y presienten bien, adonde la destruccion de un abuso tal nos llevaria. La destruccion de un abuso tal nos llevaria lógicamente á la casi gratuitividad del crédito, es decir, á la abolicion de toda renta, á la improductividad del capital, á la subalternizacion de los capitales al trabajo, á la revolucion, al socialismo: ¿creeis en muchos la suficiente fuerza de voluntad para arrostrar, solo por corregir el vicio de una institucion, tan graves consecuencias?

¿Para quiénes ha sido, además, establecido el crédito?—Soy un simple obrero, y no cuento con mas hacienda que mi brazo. Busco en vano ocupacion; los almacenes están atestados, los pedidos menguan. Habia hecho ahorros, pero los he consumido; no descubro ante mí otro recurso que apelar al préstamo, sujetándome á la usura. ¿Podré acercarme á un banco? Los bancos no prestan sino sobre efectos comerciales ó inscripciones de la deuda pública; y yo carezco de títulos, de pagarés, de cartas-órdenes. Es indudable que fundado en la esperanza de un trabajo mas ó menos próximo, tengo derecho como otro cualquiera para extender una letra contra mí mismo ó contra mi familia; mas ¿han de ser una ni otra bastante garantía? Ah! vuestra firma, dirá con una justa sonrisa de lástima el banquero, no es conocida en el comercio; letras como las vuestras no cabe descontarlas aquí ni al mil por ciento.—¿Bajaré entonces del banco para ir al monte de piedad? En el monte exigen tambien prenda, dan por las dos terceras partes de lo que toman, cobran

un seis por ciento de intereses. Si quiero allí dinero, deberé empezar por deshacerme de mi colchon, de mi capa, de la alhaja que me legaron mis mayores; si al año no he devuelto capital y réditos, deberé concluir por haber perdido capa y colchon, dejando tal vez pagado un veinte de intereses. ¿No poseo ya trajes ni joyas? Pues no hay para mí un escudo. Alego en vano mi honradez, mi hambre, mi dolor, mi desventura; la piedad se hace allí tan sorda á la voz de la virtud como al ¡ay! de la desgracia, y atiende siempre, no á mí, sino á mi prenda. Dicen que la palabra *crédito* es sinónima de *confianza*; ¿dónde está aquí la confianza?

Mas esto, se replicará, no nace tampoco de la naturaleza del principio, nace de la falta de organizacion del crédito. — Debemos, pues, organizarle; ¿cómo? ¿Concebís que sea asequible sin organizar antes el trabajo? El crédito exige constantemente mas de lo que da; y, no lo dudeis, exige mas de lo da porque en el estado actual de cosas no puede vivir bajo otras condiciones. Prestadle sencillamente sobre la moralidad del artesano, sobre los productos estancados del fabricante, sobre la futura cosecha del colono; no pidais hipotecas, no retireis de vuestros capitales mas que lo necesario para cubrir gastos: os desafío á que os sostengais siquiera un año sin caminar derechos á la bancarrota. El crédito para existir debe ser previsor, y no hay medio, para ser previsor escogerá siempre un número mas ó menos alto de elegidos, despojará las masas. ¿Fundo una caja de ahorros y os doy cuatro por ciento? Estad seguros de que de vuestros mismos ahorros saco por lo menos cinco. Si no los saco temed por vuestros fondos, mi quiebra está inmediata.

¿No habéis perdido aun la ilusion? ¿Os atreveréis á hablarme todavia de Estado, de un sistema general de bancos, de circulacion forzosa de billetes?... Dejad de una vez para siempre estos delirios. El Estado no tiene

en materias de crédito ni mas ni menos poder que un individuo; y esa tan ponderada circulacion forzosa no es ya solo una quimera, es un absurdo. ¿Qué ha de alcanzar un gobierno con decirme: «Admitirás á tu pesar mis bonos en cambio de las obras de mis manos?» ¿No son los bonos reembolsables? Los de ciento ¿no valen á mis ojos mas que ochenta? Los tomaré, pero cargaré los otros veinte sobre el valor de mis productos, y haré de esta suerte ineficaz la orden. Ved, si no, la suerte de los asignados en Francia: no estaba aun terminada la revolucion cuando un par de botas costaba en ese papel-monedas diez mil francos. No digo el Estado, el mismo Dios es impotente para alterar el desarrollo natural de este principio.

Deja, pues, á un lado tu última esperanza, desdichada humanidad, porque hasta tu última esperanza es infundada. Si el crédito no es ni puede ser para los pobres, si es siempre una expoliacion del todo en provecho *de la parte*, ¿cómo ha de curar el cáncer que sin cesar te atormenta y te devora? Salvaré el crédito, la sociedad, pero sentándole sobre nuevas bases, partiendo del principio de la abolicion de la renta. P. M.

Nos escriben de Igualada que los dueños de fábricas de hilados han intimado á sus obreros que no pueden dar trabajo sino á quien consienta en una rebaja de precio en su salario. Los operarios, como es natural, están indignados por ver en este acto una venganza. Se han verificado allí hace poco elecciones para los cargos de la milicia, y los fabricantes han salido derrotados contra lo que esperaban. Esta derrota los ha humillado y esperan ahora humillar á sus trabajadores, que revencieron en aquella lucha. Esto es inicuo. Afortunadamente los hiladores están asociados y han podido negarse á trabajar á menos precio. Probablemente quedarán abandonados los talleres. Ignoramos si tardarán mucho en ceder los fabricantes.

EL TRABAJO.

Cancion traducida del francés por M. G. M.

El que trabaja ora.

Valor trabajadores!

Porque el progreso sea luchemos con ardor.
Cualquier que sea su carga, ningun brazo desmaye!
El mundo de nosotros espera un dia mejor.

Corred, sudores santos, corred al edificio,
Que por dó quier el hombre en lo eternal forjó.
Trabajo es en la tierra un largo sacrificio,
Que Dios exige al hombre y el hombre rinde á Dios.
Del cielo fijos soles, del mar perlas brillantes,
Cuanto cuerpo en trabajo, que Dios sin descansar,
Ora mueve orgulloso ó los oculta amante!
Quien puede es el trabajo los mundos transformar.

Valor trabajadores! etc.

Qué de esfuerzos potentes en el conjunto eterno!
Los sonos del trabajo, dó todo toma voz,
Metales arrancados al suelo tembloroso,
Fuego que ablanda al hierro, hierro que el bosque hendió!
Todos estos sonidos de asonadora fuerza,
Que para atar al orbe al hombre dá poder,
Confunden su language y á los abiertos cielos
Ascienden cual suspiro, cual súplica del bien.

Valor trabajadores! etc.

A ti, que nos mantienes, por fecundarte, ¡oh tierra!
¡Qué de hombres no cavarón con áspero gemir!
Y como es fuerza siempre que su sudor te inunde!
Oh! Qué de sangre y llanto bebiste en gotas mil!
Sábelo Dios que quiso que el hombre te surcara:
Y tú, á quien bendecimos en medio del dolor,
Nos dices cuando cubres de espiga y flor los campos;
«Si agoto vuestro cuerpo, quien os lo dá soy yo!»

Valor, trabajadores! etc.

Cuando tesoros ciento al hombre se descubren,
¡Cuántos hambrientos seres se miran perecer!

Y cuando ufano el suelo bajo ciudades huye,
Cuántos que sin albergne se miran perecer!
Y son ellos ¡oh! ricos, los que esa piedra labran,
Dó los palacios vuestros su sangre cimentó;
Ellos que entre sus filas no dejan un vacío,
Cuya ignorada tumba jamás se descubrió!...

Valor trabajadores! etc.

Trabajo, tú el pan eres comprado á cada instante
con nuestra sangre pura, con frenesi tal vez.
Oh! cuantos por ganarle en su morada dejan
sus hijos que mañana sin padre quizá esten!
Oh tú! el inspirador de abnegacion sublime,
trabajo, en tus altares que de hombres sucumbió!
¿Qué nos legaste de ellos? Deberes, ay! virtudes...!
Honor, óh nobles victimas, á vuestra pena... honor!

Valor, trabajadores! etc.

Pregúntalo á la historia, oh industria deslumbrante!
Cuanta ciudad altiva por dó tu luz pasó
Cayó por sns cimientos á la hora del castigo!
El hierro del esclavo su triste tumba abrió!
Y cuantos otros pueblos, que nuestras manos ornan
Con muros, dó tú absorbes el hálito vital,
Se borrarán un dia bajo la humana huella...!
Tan solo un pueblo libre se afana en trabajar.

Valor trabajaderes! etc.

El cetro está en tus manos, tus beneficios crecen,
Trabajo, que ahora eres un peso abrumador;
Vendrán dias en que aquellos, que te maldicen ora,
tus leyes bendiciendo, disfrutarán tu amor,
Suceda la esperanza á nuestrás tristes quejas!
Del cielo que soñamos la Francia es la señal.
Naciendo del trabajo, nosotros somos rio
Que pronto será estenso, cual sin riberas mar!

¡Valor trabajadores etc.

¡Como el trabajo anima al alma que á él se aviene!
Y cuanto es noble siempre la frente que él marcó!
Sin él, un signo estéril es solamente el oro;
Por él, cuerpo y espíritu el hombre libertó!
La dicha que nos debe saldrá de las borrascas.
¿Lo veis? ¡Nos amenaza el cielo tempestad!
¿Qué importa! En pos del fin sin vacilar marchemos.
Tan solo á los culpables el rayo abatirá!